

Año 7  
Número 7  
Verano 2021

# Revista de Políticas Sociales

## Reseña Bibliográfica El deseo de otra cosa

*Darío Charaf*

Docente de la Facultad de  
Psicología, (UBA)

[dariochar@gmail.com](mailto:dariochar@gmail.com)



“La vigencia de El manifiesto comunista”

Slavoj Žižek

Editorial Anagrama, 2018, 76 páginas.

Slavoj Žižek nunca deja de encontrar la oportunidad de apostar a la reinvencción del comunismo. “El dilema es barbarie o un comunismo reinventado”, dijo el filósofo esloveno en marzo de 2020, cuando el COVID-19 se extendía de Asia a Europa y comenzaban a registrarse casos en América Latina, en un artículo que luego fue parte de su ensayo “Pandemia. El COVID-19 sacude al mundo”: la pandemia, según Žižek, es una oportunidad para reinventar el comunismo.

Sin embargo, esta apuesta a la (re)invencción comunista no es novedosa ni surgió a partir del virus que se esparce actualmente por el mundo –y que nos hace trabajar, pensar, leer, escribir, amar (en suma, vivir) en el confinamiento como medida de prevención frente a una enfermedad desconocida. Por el contrario, esta idea hunde sus raíces en la profundidad del pensamiento de este filósofo hegeliano y lacaniano, y funciona casi como su núcleo: el intento de pensar una alternativa (para él, la única) al capitalismo actual.

Esta es la perspectiva que atraviesa “La vigencia de El manifiesto comunista” (Anagrama, 2018): Marx tenía razón, dice Žižek, el capitalismo está entrando en su crisis final... sólo que este final no es como lo imaginábamos, como lo imaginó Marx. Así el primer capítulo de este brevísimo libro consiste en la realización de un gesto paradójico: una reivindicación del marxismo que es a la vez una profunda crítica al marxismo. Gesto hegeliano: para sostener a Marx y permanecer “fieles” a él no hay que repetirlo sino más bien repetir su “gesto fundacional” de una manera nueva; tal es el punto de partida (y punto de llegada del libro) para una reinvencción del comunismo.

“¿Cuáles son los fantasmas que nos acechan hoy en día?” es la pregunta que titula el segundo capítulo y que, apelando al concepto de fantasma (espectro/fantasmía), es presentada como una cuestión crucial en nuestro tiempo. Desde otra perspectiva, esta es también una de las preguntas que aborda en la actualidad el psicoanalista argentino Jorge Alemán al interrogar las relaciones entre ideología y fantasma, intentando localizar la raíz pulsional, pasional, que sustenta la ideología.

Para localizar los fantasmas y pasiones que el capitalismo agita en nosotros, Žižek cita “El manifiesto comunista” destacando su vigencia y actualidad:

La época de la burguesía –decían Engels y Marx– se caracteriza y distingue de todas las demás por el constante y agitado desplazamiento de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incesantes. (...) destruye los cimientos nacionales de la industria. Las viejas industrias nacionales se desmoronan, arrolladas por otras nuevas (...) Brotan necesidades nuevas que ya no pueden satisfacer, como en otro tiempo, los frutos del país (...) Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu.

¿No es esto, más que nunca, nuestra realidad actual?, pregunta con acierto Žižek, y contesta: “este dinamismo global descrito por Marx que hace que todas las cosas se esfumen es nuestra realidad”.

Desde esta perspectiva de actualización de “El manifiesto comunista” el filósofo esloveno subraya cómo funciona la ideología actual: esta se presenta como su opuesto, vale decir, como una crítica radical de las utopías ideológicas. La ideología predominante actual se presenta como una cínica resignación que afirma que el mundo no se puede cambiar, que si queremos cambiarlo lo único que nos espera es horror totalitario (fantasma que se agita con insistencia en la actualidad, en nuestro país y en el mundo). Cualquier idea de otro mundo posible se rechaza como ideológica. Este es el núcleo, dice Žižek citando a Badiou, de la ideología actual: su función no es aplastar la resistencia, sino aplastar la esperanza.

La subestimación por parte de Marx de la dimensión fantasmática/espectral es la que, según se afirma al comienzo del tercer capítulo, ha llevado al marxismo a un impasse histórico. Retomando la descripción de Wolfgang Streeck, Žižek señala un “error trágico” en el corpus clásico del marxismo: “el marxismo tenía razón al hablar de la «crisis final» del capitalismo, es evidente que hoy en día estamos entrando en ella, pero esa crisis no es más que eso, un proceso prolongado de decadencia y desintegración”.

El filósofo esloveno critica entonces la elevación de la libre elección a valor supremo en nuestra sociedad, a la par que el control y la dominación ya no aparecen como modos de coerción de la libertad sino que se presentan como la experiencia de los individuos en tanto seres libres: “Bombardeados constantemente por «elecciones libres» impuestas, obligados a tomar decisiones para las que ni siquiera estamos debidamente cualificados (y sobre las que tampoco poseemos suficiente información), cada vez más experimentamos nuestra libertad como lo que es en realidad: una carga que nos priva de una auténtica posibilidad de cambio”. El discurso que reivindica como valor principal y supremo la libertad promueve en verdad una dominación que adopta un rostro humano.

En el cuarto capítulo del libro Žižek comenta la teoría del valor de Marx, la cual recupera (a la par que propone reformular los conceptos de “cosificación” y “fetichización de la mercancía”) para abordar la “generalizada

virtualización del dinero”: el dinero electrónico es la culminación del fetichismo, cuando el propio fetiche se “desmaterializa”. Al desaparecer los últimos vestigios de su materialidad el dinero se convierte en un punto de referencia puramente virtual y así “al fin asume la forma de una presencia espectral indestructible”. Esta espectralización del fetiche tiene como correlato su opuesto: el renacimiento de la esclavitud, de nuevas formas de esclavitud de facto como una necesidad estructural del capitalismo global.

El filósofo esloveno retoma en el capítulo quinto la cuestión de la libertad (y de la propiedad) tras realizar un breve comentario de la función de la negación en la dialéctica hegeliana. De ese recorrido deduce “la falta de libertad bajo apariencia de libertad” inherente al capitalismo tardío: “lo opuesto se convierte en la apariencia de lo otro (...) ¿Y no se puede decir lo mismo de los precarios «emprendedores de sí mismos»? Su falta de libertad (su precaria existencia sin seguridad social) se les presenta como la apariencia de lo contrario, como la libertad de renegociar una y otra vez los términos de su propia existencia”. Lejos de que la generalización del trabajo precario y el aumento de la explotación refuerce la resistencia de los trabajadores, la vuelve más difícil: el trabajo precario se presenta, y en muchas ocasiones también se experimenta, como una nueva forma de libertad más que como una nueva forma de esclavitud a la cual resistir.

Así llegamos al capítulo final, titulado “El horizonte comunista”. Lo primero que hay que decir es que para Žižek el comunismo es, tal como el título lo indica, no solamente un horizonte, sino el horizonte: aquello a lo cual aspirar, un punto de mira mediante el cual orientarse para la acción. Esto en el marco de una dura crítica a Marx y al marxismo: Žižek señala el fracaso de la clase trabajadora como sujeto revolucionario a la par que critica la concepción marxista de la relación entre la Historia y la revolución.

Lo cual no le impide, más bien lo contrario, destacar la profunda vigencia de Marx:

No solo resulta del todo actual la crítica de la economía política de Marx, su caracterización de la dinámica capitalista, sino que incluso habría que dar un paso más y afirmar que solo hoy, con el capitalismo global, la realidad ha alcanzado su idea (...). Sin embargo, interviene aquí una inversión debidamente dialéctica:

en el momento de plena vigencia tiene que aparecer su limitación, el momento del triunfo es el de la derrota (...). Cuando la plena realidad alcanza su idea, hay que transformar esa idea. Ahí reside la auténtica paradoja dialéctica: no es que Marx simplemente se equivocara, sino que a menudo tenía razón, pero de manera más literal de lo que él mismo creía.

Esta es la idea fundamental que transmite el libro: el comunismo sigue vigente no solo por sus aciertos sino y sobre todo por sus fracasos y errores. Son estos fracasos los que dan fe de su vigencia:

La solución marxista clásica fracasó, pero el problema continúa. Hoy en día el comunismo no es el nombre de una solución, sino el nombre de un problema, el problema del patrimonio común en todas sus dimensiones: el bien común de la naturaleza como sustancia de nuestra vida, el problema del bien común de la biogenética, el problema del bien común cultural y, por último, y no por ello menos importante, el bien común como espacio universal de la humanidad del que nadie debería ser excluido.

Comunismo es, entonces, el nombre de estos problemas comunes.

Es porque el marxismo (como tantos otros discursos emancipatorios o subversivos) se transformó en un discurso universitario que Žižek concluye el libro afirmando que la única manera de seguir fiel a Marx ya no es ser “marxista”, sino repetir el gesto fundacional de Marx de una manera nueva.

Por mi parte, concluyo esta reseña señalando que yo no sé en qué derivará la pandemia que atravesamos actualmente; no sé si es la oportunidad para reinventar el comunismo, tampoco sé qué podría ser un comunismo reinventado. Sí creo que, aún antes de la pandemia, el término “comunismo” es para Žižek (como para algunos de nosotros lo es el de “populismo” o el de “peronismo”) el nombre, no tanto de una esperanza o de una solución, sino de un deseo que nos habita: el deseo de otra cosa.